

la humanidad en este punto: la misma palabra sirve en la *Biblia* para expresar los productos del trabajo y los de la generacion: *Iste sunt generationes cæli et terræ*; hé aquí los hechos del cielo y de la tierra: *Hæ sunt generationes Jacob*; hé aquí los actos de la vida de Jacob, etc. El idioma francés conservó esta metáfora en la doble acepcion del número plural *obras*, que se dice, como el latin *generatio* y el hebreo *ialad*, del trabajo y del amor. La antigua palabra *trabajar* (*besogner*) tomada en sentido obsceno, deriva de la misma idea. El parentesco del trabajo y del amor se presenta más profundo todavía en esta frase popular que se aplica á un sér embrutecido, estúpido, destituido de gusto y de vigor: *Trabaja sin amor*. Y esta metáfora se aplica hasta á los instrumentos mecánicos del trabajo: el pueblo dice una *viva arista*, un *cortante vivo*: dice tambien de una sierra que corta, de una lima que muerde, que tiene amor...

La consecuencia de esta idea de intuicion y de sentimiento completos, es el antagonismo natural del trabajo y del amor. La vida del hombre, segun el juicio oportuno del pueblo, se marcha alternativamente por dos salidas, de las cuales una se cierra cuando la otra se abre: la experiencia confirma esta revelacion del instinto. La facultad industrial sólo se ejerce á expensas de la prolífica; esto puede pasar por un aforismo de fisiología como de moral. El trabajo es una causa activa de debilidad amorosa; es el más poderoso de todos los anti-afrodisíacos; y tanto más poderoso, sobre todo, cuanto que afecta simultáneamente el espíritu y el cuerpo.

No creo que deba extenderme más sobre un hecho tan evidente que no se observó bien porque no se supo descubrir la importancia que tiene en la economía del mundo. Malthus habia observado que los salvajes de

América, teniendo una vida llena de tribulaciones y de agonías, apenas son inclinados al amor; pero añáde que esta indiferencia disminuye rápidamente con la abundancia y el reposo. Sin embargo, Malthus, el inventor de la restriccion moral, que consagró cuarenta años de una vida laboriosa á estudiar el problema de la poblacion, no piensa siquiera en generalizar un hecho que le habria conducido á la verdadera solucion. Por lo demás, ¿cómo Malthus habia de saber deducir de este hecho todas las consecuencias que entraña, si no supo reconocer la ley de crecimiento del trabajo, y por encima de esta ley, la del progreso de la riqueza y su íntima solidaridad con el progreso de la poblacion? Así tambien los economistas han llamado la atencion sobre la singular fecundidad de la clase indigente, y un hombre de vastos conocimientos, el señor Augusto Comte, señaló este fenómeno como una de las leyes más notables de la economía política. Nadie tuvo cuidado de notar al mismo tiempo que la indigencia es naturalmente poco trabajadora, y que el pobre, sometido á una faena mecánica y sin hacer ningun esfuerzo intelectual, por mezquina que sea su subsistencia, conserva siempre más fuerza que la necesaria para asegurar su deplorable posteridad.

La castidad es compañera del trabajo, y la molicie es el atributo de la inercia. Los hombres de meditacion, los pensadores enérgicos, todos esos grandes trabajadores, tienen una capacidad muy mediana para el amor. Pascal, Newton, Leibnitz, Kant y tantos otros, olvidaron en sus profundas contemplaciones que eran hombres. La mujer los adivina, y los genios de esta naturaleza le inspiran poca simpatía. *Deja las mujeres*, decia á Juan Jacobo aquella graciosa veneciana, *y estudia las matemáticas*. Así como el atleta se preparaba para los juegos del circo por el

ejercicio y la abstinencia, el hombre de trabajo huye el placer, *abstínuit venere et bacho*. A pesar de la fortaleza de su constitución, Mirabeau pereció por querer unir las proezas de la alcoba á los triunfos de la tribuna.

Ahora bien: si es una ley necesaria que los hijos sean siempre más aptos que sus padres para el trabajo, es también necesario que en los juegos del amor tengan siempre menos fuerza que ellos: y siendo así, ¿cómo no se ha de resentir la población de esta inevitable decadencia?

Pero se dirá que esto es todavía restricción, represión y mutilación: ¡cómo! ¡vos estenuais la naturaleza, y decís que eso es crear el equilibrio en la humanidad! ¡Proscribís en los demás los medios fisiológicos, y volveis á la fisiología!... No, el hombre no sufrirá nunca que se le conduzca con un círculo de hierro como al toro y al varraco, sino que marchará siempre guiado por la razón y la libertad. Estenuado por el trabajo, al perder la facultad de amar no hará más que cambiar de miseria. La Providencia sería siempre culpable ante él, y la naturaleza se presentaría como una verdadera madrastra. Y después de todo, ¿quién os garantiza la eficacia de la receta? Léjos de ser el lujo en el amor lo que multiplica la población, lo es más bien la abstinencia: algunas horas de descanso devuelven á la naturaleza toda su fuerza; comprimida por mucho tiempo, la pasión estalla con más furia, y el amor tiene bastante con una chispa para crear un hombre. De nada sirvió á los Bernardo, Jerónimo y Orígenes querer dominar la carne por medio del trabajo, el ayuno, las vigilias y la soledad, porque esta falsa disciplina hizo más impúdicos que el reposo, la buena vida y las conversaciones con las mujeres. San Pablo, ese vaso de elec-

ción, exclamaba en medio de sus fatigas: Yo llevo conmigo un demonio que me molesta...

Ante esta recriminación apasionada, creo oír la voz de los hebreos diciendo á Moisés en la penuria del desierto: Devuélvenos las carnes y los peces de Egipto, sus cohombros y sus melones. Nuestra alma está seca, y no queremos más maná.

Consoláos, almas sensibles: la Providencia tuvo piedad de vosotros. ¿Quereis carne? Pues carne tendreis hasta que os hastíe.

Indudablemente, el lector nos previno: el trabajo no debe obrar sobre el amor por una influencia fisiológica y fatal, sino por una impresión de virtud y de libertad. Algunos momentos más, y nuestra tesis será completa.

En el trabajo como en el amor, el corazón se interesa con la posesión; los sentidos, por el contrario, con la posesión se cansan. Este antagonismo entre lo físico y lo moral del hombre en el ejercicio de sus facultades industriales y prolíficas, es el balancín de la máquina social. El hombre en su desarrollo, va constantemente de la fatalidad á la libertad, del instinto á la razón, de la materia al espíritu. En virtud de este progreso, se emancipa poco á poco de la esclavitud de los sentidos, como de la opresión de los trabajos penosos y repugnantes. El socialismo, que en vez de elevar al hombre hácia el cielo, lo inclina siempre hácia el barro, no vió en el triunfo del espíritu sobre la carne más que una nueva miseria; y como se había prometido vencer la repugnancia del trabajo por medio de la distracción y el revolteo, se propuso combatir la monotonía del matrimonio, no con el culto de las afecciones, sino con la intriga y el cambio. Por grande que sea el disgusto que yo experimente al revolver estas inmundicias, es preciso que el lector se resigne. ¿Tengo yo la culpa de ver-

me precisado á desplegar todo el aparato de la lógica para establecer algunas verdades de sentido comun?

Por lo mismo que el trabajo está dividido, se especializa y se determina en cada uno de los trabajadores; pero esta especialidad ó determinacion. no debe considerarse relativamente al trabajo colectivo, como una expresion fraccionaria, porque esto seria colocarse bajo el punto de vista de la esclavitud, y adoptar el principio por cuyo medio la utopia trabaja con todas sus fuerzas en favor de la restauracion de las castas. Quien dice especialidad, dice punta ó cima, como la etimología lo prueba: *Speculum spica, speculum, species, aspicio*, etc. La misma radical sirve para designar la accion de apuntar y la de mirar. Toda especialidad en el trabajo, es una cima desde cuya altura el trabajador domina y considera el conjunto de la economía social, convirtiéndose en centro y en inspector. Toda especialidad en el trabajo, por la multitud y la variedad de las relaciones, es, pues, infinita. Se sigue de aquí, que todo trabajador debe vencer el disgusto y la repugnancia del trabajo, no por una variedad de ejercicios sin regla y sin perspectiva, sino por un sistema de transiciones centralizadas y coordinadas en la industria, la ciencia y el arte.

De la misma manera, por medio del matrimonio, se determina y se personaliza el amor, y debe triunfar del materialismo y de la monotonía de la pasion, por medio de un sistema de transiciones completamente morales, por la depuracion de los sentimientos, y por el culto del objeto al cual consagra el hombre su existencia entera.

El arte, quiero decir, la realizacion de la belleza y de la verdad en su persona, en su mujer y en sus hijos, en sus ideas, en sus discursos, en sus acciones y en sus productos: tal es la última evolucion

del trabajador, y la faz destinada á cerrar gloriosamente el círculo de la naturaleza. La *Estética*, y por encima de la estética, la *Moral*: hé ahí la llave maestra del edificio económico.

El conjunto de la práctica humana, el progreso de la civilizacion, las tendencias de la sociedad, atestiguan la existencia de esta ley. Todo cuanto hace el hombre, todo lo que ama y lo que aborrece, todo lo que le afecta y le interesa, se convierte para él en materia de arte; lo compone, lo pule y lo armoniza hasta que, por el prestigio del trabajo, hace desaparecer la materia, si así puede decirse.

El hombre no hace nada con arreglo á la naturaleza, y es, si así puedo expresarme, un animal ceremonioso. Nada le agrada si no lo adereza; todo cuanto toca, lo arregla, lo corrige, lo depura y lo crea de nuevo: para el placer de sus ojos, inventa la pintura, la arquitectura, las artes plásticas, el decorado, todo un mundo fuera de la naturaleza, del cual no sabe decir la razon ni la utilidad, sino que es una necesidad de su imaginacion, que le agrada y nada más. Por el placer de sus oidos, castiga su lenguaje, cuenta sus sílabas y mide los tiempos de su voz; despues inventa la melodía y el acorde, forma orquestas, y en los conciertos que les hace dar, cree oír la música de las esferas celestes y el canto de los espíritus invisibles. ¿Qué le importa comer para vivir? Su delicadeza necesita disfraces y fantasía; hasta el alimentarse le parece enojoso, y en vez de ceder al hambre, transige con su estómago. Antes de pastar su alimento, se dejaria morir de hambre. El agua pura de la roca no es nada para él, é inventa el néctar y la ambrosía; las funciones de su vida que no puede dominar, las califica de viles, vergonzosas y deshonestas; aprende á andar y á correr; tiene un método para acostarse, levantarse, sentarse, vestirse,

batirse, gobernarse y hacerse justicia; hasta encontró la perfección de lo horrible, de lo sublime, del ridículo y el ideal de lo feo; por último, se saluda, se dá pruebas de respeto á sí mismo, tiene para su persona un culto minucioso, y se adora como una divinidad.

Todas las acciones, movimientos, discursos, pensamientos, productos y afecciones del hombre llevan este carácter de artista: pero este mismo arte, se revela en la práctica de las cosas y se desarrolla con el trabajo; de modo que, cuanto más la industria del hombre se acerca al ideal, tanto más él mismo se eleva sobre la sensación. Lo que constituye el atractivo y la dignidad del trabajo, es el hecho de crear con el pensamiento, emanciparse de todo mecanismo, y eliminar la materia. Esta tendencia, débil en el niño que permanece sumergido en la vida sensitiva, más marcada en el joven, orgulloso de su fuerza y de su flexibilidad, pero sensible ya al mérito del espíritu, se manifiesta cada vez más en el hombre maduro. ¿Quién no encontró alguna vez á uno de esos obreros á quienes la asiduidad al trabajo hizo artistas, para quienes la perfección de sus obras es una necesidad tan imperiosa como la subsistencia, y que, en una especialidad, al parecer mezquina, descubren repentinamente las más brillantes perspectivas?

Pues bien: así como por su naturaleza de artista, el hombre tiende á idealizar su trabajo, siente también la necesidad de idealizar su amor. Esta facultad de su ser, la penetra de todo lo que su imaginación tiene de más fino, de más poderoso, de más encantador y de más poético. El arte de hacer el amor, conocida de todos los hombres, la más cultivada, la mejor sentida de todas las artes, tan variada en su expresión como rica en sus formas, tomó su mayor

vuelo hácia los tiempos felices del catolicismo; llenó la Edad media, y ocupa la sociedad moderna con el teatro, las novelas y las artes de lujo, que sólo existen para servirle de auxiliares. El amor, en fin, como materia de arte, es el grande, el grave, iba á decir el único asunto de la humanidad. El amor, pues, desde el momento en que se determina y se fija por medio del matrimonio, tiende á emanciparse de la tiranía de los órganos, y esta tendencia imperiosa que el hombre observa desde el primer día en la debilidad de sus sentidos, es la que quiso expresar el proverbio: *El matrimonio es la tumba*, es decir, la EMANCIPACION *del amor*. El pueblo, cuyo lenguaje es siempre concreto, entendió aquí por amor la violencia del prurito, el fuego de la sangre; y este amor, completamente físico, es el que, según el proverbio, se extingue en el matrimonio. El pueblo, en su castidad nativa y en su delicadeza infinita, no quiso revelar el secreto del lecho nupcial, y dejó á la sagacidad de cada cual el cuidado de penetrar el misterio y aprovecharse de la advertencia. Sin embargo, el pueblo sabía que el verdadero amor empieza para el hombre en esta muerte; que es un efecto necesario del matrimonio que la galantería se convierta en culto; que todo marido, cualquiera que sea el aspecto que tome, en el fondo de su alma es idólatra; que si hay conspiración ostensible entre los hombres para sacudir el yugo del sexo femenino, hay convención tácita para adorarle; que sólo la debilidad de la mujer obliga al hombre á tomar el poder de vez en cuando; que salvo estas raras excepciones, la mujer es soberana, y que ahí está, precisamente, el principio de la ternura y de la armonía conyugales.

Es una necesidad irresistible para el hombre, necesidad que nace espontáneamente en él por el progreso de su industria, por el desenvolvimiento de

sus ideas, por el refinamiento de sus sentidos y la delicadeza de sus afecciones, amar á su mujer como ama su trabajo, con un amor puro y espiritual; necesita corregirla, adorarla y embellecerla: cuanto más la ama, tanto más desea verla brillante, virtuosa é instruida, porque aspira á hacer de ella una obra maestra, una verdadera diosa. A su lado olvida sus sentidos, y sólo vive por la imaginacion: tiene miedo de ajar con sus manos este ideal que concibió y que cree tocar, y mira como nada lo que otras veces, en el ardor de sus deseos, le parecia todo. El pueblo tiene un horror instintivo, exquisito, á todo lo que recuerda la carne y la sangre; el uso de los excitantes báquicos y afrodisíacos, tan frecuentes entre los orientales, que toman la picazon del apetito por el amor, subleva á las razas civilizadas, y les parece un ultraje á la belleza, un contrasentido del arte. Semejantes costumbres sólo pueden nacer á la sombra del despotismo, por la distincion de castas y el auxilio de la desigualdad; pero son incompatibles con la justicia.

Lo que constituye el arte, es la pureza de las líneas, la gracia de los movimientos, la armonía de los tonos, el esplendor del colorido y la conveniencia de las formas. Todas estas cualidades del arte son tambien los atributos del amor, que toman los nombres místicos de CASTIDAD, *pudor*, *modestia*, etc. La castidad es el ideal del amor: esta proposicion no necesita demostrarse.

A medida que el trabajo aumenta, el arte surge constantemente del oficio, y el trabajo pierde lo que tenia de repugnante y de penoso: así tambien el amor, á medida que se fortifica, pierde sus formas impúdicas y obscenas. Mientras el salvaje goza como las bestias y se deleita en la ignorancia y el sueño, el civilizado busca cada vez más la accion, la rique-

za y la belleza, y es, á la vez, industrioso, artista y casto. Pereza y lujuria son vicios muy parecidos, si no idénticos.

Pero el arte, que nace del trabajo, descansa necesariamente en una utilidad y corresponde á una necesidad considerada en sí misma; el arte no es más que el modo más ó ménos delicado de satisfacer esta necesidad. Lo que constituye la moralidad del arte, lo que conserva el atractivo del trabajo, lo que despierta la emulacion, excita el ardor y asegura la gloria, es, pues, el valor. Del mismo modo lo que constituye la moralidad del amor y consume la voluptuosidad, son los hijos. La paternidad es el sostén del amor, su sancion y su fin; una vez obtenida, el amor cumplió su mision y se desvanece, ó por mejor decir, se metamorfosea.

Todo trabajador debe hacerse artista en la especialidad que eligió; de la misma manera, todo sér nacido de la mujer, alimentado y educado en sus brazos, hijo, amante, esposo y padre, debe realizar en sí mismo el ideal del amor y expresar sucesivamente todas sus formas.

De la idealizacion del trabajo y de la santidad del amor, resulta lo que el consentimiento universal llama VIRTUD, ó como si dijéramos, la fuerza (valor) propia del hombre, por oposicion á la PASION, fuerza del sér fatal, del sér divino.

El lenguaje consagra esta relacion: VIRTUD; latin, *vir-tus*, de *vir*, el hombre; griego; *arete* ó *andreaia*, de *ares* ó *aner*, el hombre. Las antonimias son; latin, *fortitudo*, de *fero*, llevar; *fortis*, portador; *robur* encina y fuerza: griego, *romé*, fuerza impetuosa, vigor natural. El hebreo dice *geborrah*, de *gebar*, el hombre; *eial*, fuerza vital; *eil*, macho de los animales rumiantes, de donde viene *elohim*, dios.

La virtud del hombre, por oposicion á la fuerza di-

vina, se emancipa de la naturaleza por el ideal: es la libertad, es el amor en todas las esferas de la actividad y del conocimiento. Lo contrario de la virtud es lo feo, lo impuro, lo discorde, lo inconveniente, la cobardía y la violencia.

Por la virtud (esta palabra ya expresa para nosotros una idea), el hombre se desprende de la fatalidad, y llega gradualmente á la plena posesion de sí mismo; y así como en el trabajo, el atractivo sucede naturalmente á la repugnancia, tambien en el amor la castidad reemplaza espontáneamente á la lascivia. Desde este momento, santificado el hombre en todas sus potencias, dominado por el trabajo, ennoblecido por el arte y espiritualizado por el amor, dispone de todo lo que en su sér es producto de la naturaleza, como de todo cuanto viene de la razon y del libre arbitrio. El hombre se hace, cada vez más, superior al dios; la razon reina, áun en medio de la pasion, y tras ella se manifiesta el equilibrio, es decir, la serenidad y la alegría.

El hombre entónces no es ya el esclavo deshonorado que mira á la mujer y llora de rabia; es un ángel en quien la castidad y el desprecio que la materia le inspira, se desarrollan al mismo tiempo que la virilidad. Así como el trabajo servil sólo produce en el hombre una impotencia desolada y maldita, tambien el trabajo libre, hecho agradable por la ciencia, el arte y la justicia, engendra la castidad atractiva, el amor; y bien pronto, con el auxilio de este ideal, el espíritu va siempre ganando terreno sobre la carne, y la perfeccion del amor produce la repugnancia del sexo.

En cuanto á la obra generadora, el amor tiene su límite propio, y la voluptuosidad conyugal su período en la vida humana, como lo tiene la fecundidad y la lactancia. Y en esta nueva evolucion, como

en todas las demás, el hombre, ministro de la naturaleza y cantor de los destinos, no hace la ley, sino que la descubre y la ejecuta.

Conforme, pues, con el consentimiento universal, divido la vida del hombre en cinco períodos principales: infancia, adolescencia, juventud, virilidad ó período de la generacion, y ancianidad ó vejez.

Durante el primer período, el hombre ama á la mujer como madre; en el segundo, como hermana; en el tercero, como amante; en el cuarto, como esposa; en el quinto y último, como hija.

Estos períodos del amor, corresponden á otros parecidos de la vida económica: en la infancia, el hombre sólo existe, por decirlo así, en estado de embrion, ó como los materiales preparados para la confeccion y sostenimiento de las máquinas: es la esperanza, la prenda, *pignus*, de la sociedad. En la adolescencia, es aprendiz; en la juventud, oficial; en la virilidad, maestro, y en la vejez, veterano. Inútil me parece añadir que esta doble evolucion se aplica á la mujer lo mismo que al hombre.

Las formas del amor, como los grados en la industria, son exclusivos é incompatibles; es decir, no pueden existir simultáneamente en el mismo individuo, ni aplicarse invariablemente á la misma cosa y á la misma persona. Así como el industrial recorre sucesivamente todos los elementos del trabajo, todas las partes de la especialidad que le agrada, del mismo modo no puede amar á la vez, con un amor característico, más que á su madre, á su hermana, á su amante, á su mujer ó á su hija; y la persona á quien ama bajo uno de estos títulos, no la amará jamás bajo el otro. La naturaleza misma estableció esta ley inspirándonos hácia los amores dobles una repugnancia que les hizo dar el nombre

de *incestos*; es decir, impureza, falsa determinación del amor.

Todo amor eliminado por otro, entra en la categoría general de la amistad y se pierde en el torrente de las afecciones.

El hombre que se casa con su querida (este es el caso más general), hasta cierto punto hace excepción á la regla, porque ama dos veces seguidas, con un amor diferentemente caracterizado, á la misma persona; pero no se puede decir que vive con su querida como con su esposa, lo cual constituye la especie de incesto llamado *concubinato* ó *fornicación simple*, que es la mayor profanación de la mujer, ni que le sea facultativo amar de dos modos diferentes, porque esto es lo que constituye el *adulterio*. Por lo demás, el amor libre, este amor que naturalmente precede á la unión, no tiene por consecuencia necesaria el matrimonio; hasta es mejor para la sociedad y para las personas, que los que se casan hayan sentido muchos amores; y esto basta para distinguir el amor libre del amor conyugal, y considerarlos; uno y otro, como incompatibles.

Un amor puede suplir á todos los demás, y prolongarse más allá del término fijado por la naturaleza: tal es el célibe que conserva hasta la vejez su amor filial; tal es también el padre que, habiendo enviudado ántes de tiempo, concentra todas sus afecciones en su hijo.

El hombre que no conoció estas formas del amor, que no distingue los matices, que no comprende las delicadezas, no conoce nada del amor; sólo posee el charlatanismo, y raciocina como los autores de novelas.

Así, pues, el trabajo y el amor se desarrollan en la vida humana en periodos paralelos. En la primera edad, el hombre pertenece por completo á la sen-

sación y al instinto, y no entró todavía en la clase de los trabajadores: recibe, pero no dá; consume, y no produce nada. Sensible únicamente al amor de su madre, no conoce ningun otro sentimiento; la amistad misma le es desconocida. Pero bien pronto empieza á razonar sus afecciones; aprende las formas de la galantería, los elementos del saber y del hacer; se convierte en estudiante y en aprendiz; tiene compañeros, y de su alma fresca y pura se exhala el suave perfume del amor fraternal.

A este periodo gracioso de la adolescencia, sucede la juventud, edad poética de la emulación y de las luchas gimnásticas, como de los puros y tímidos amores. ¡Qué recuerdo para el corazón de un hombre que ha llegado á la última estación de su vida, el haber sido en su juventud florida el guardián, el compañero y el partícipe de la virginidad de una jóven! El siglo se ha burlado de estas verdaderas voluptuosidades; el socialismo y la literatura romántica, pusieron á nuestra generación en este camino; la filosofía dá el ejemplo, y los ingenios-hembras sirven de matronas. Pero el mismo exceso de la licencia es la prueba de esta necesidad de ideal, fuera del cual no hay para el hombre ni dicha ni dignidad. La sociedad sueña con su metamorfosis en esta multitud de descripciones eróticas, llenas las unas de pureza, violentas como la pasión las otras, pero señaladas siempre por un refinamiento maravilloso; por consiguiente, siempre ménos groseras y ménos materiales. Ved á Jorge Sand, mártir, á su manera, del pudor que despreció. Cortesana como Aspasia y panegirista de la virtud como Lucrecia, Jorge Sand escribe *Juana*, y protesta, con esta reacción de su génio, contra las pasiones bajas de sus impuros adoradores...

Pero llega la hora en que la esposa debe entre-

garse al esposo... Hé aquí el gran período del trabajo que empieza; hé aquí el momento en que el hombre goza de la plenitud de sus facultades, en que el amor hace vibrar todas las fibras de su alma, en que la presencia de los recuerdos le hace sensibles todas las delicias de su corazón. Hijo, hermano, amante, esposo, dentro de poco padre, ama por todos sus poros, se siente saturado de amor, y su vida es completa. Se encuentra en la flor del génio y de la belleza, y desde este instante sólo puede decaer. Apenas llegó al colmo de sus deseos, le parece que el amor pierde algo de su abnegacion y de su pureza, y todos sus esfuerzos tenderán, desde entónces, á sostener este ideal que empieza á escapársele.

El período de fecundidad se extiende de diez á quince años. Diez años de práctica conyugal deben bastar para hastiar al hombre, á no ser que su inteligencia decline ó su corazón se deprave. En este caso la pasión, en vez de amortiguarse, renace de su propia satisfaccion y busca nuevos objetos; el furor sensual se presenta devorador, y entónces estallan esas tempestades que llevan la amargura y la vergüenza al seno de las familias. Ya no hay amor: el placer por el placer, como el arte por el arte: el marido convierte á su mujer en un instrumento de goces; Circe presenta á Ulises la copa que le devuelve el vigor y le convierte en bruto á la vez; gozar, gozar más, gozar hasta el fin; tal es la miserable condicion de los que no aman ya.

Llega, por fin, la época de la decadencia en la cual el sentimiento se determina en sentido inverso. Al amor conyugal sucede, en el corazón del padre de familia, y frente á frente de la hija que crece, un sentimiento de inexplicable ternura que destierra poco á poco del corazón de este padre los últimos

vapores del placer. Consagrada por completo á la familia, la madre sólo ambiciona, frente á frente de su marido, el título de amiga: por una nueva infidelidad, aquel que prefirió á su hermano, á su padre y á su tierna madre, lo abandona á su vez por su hijo adolescente. Hasta la curiosidad temible de los niños es aquí una revelacion: *Maxima debetur puero reverentia!*.... En presencia de su jóven familia, una voz secreta invita á los esposos á la continencia: padres y madres, el pudor os lo manda: ¡absteneos!

«El hombre ántes de los 18 y la mujer ántes de los 14 años cumplidos, no pueden contraer matrimonio.» (*Código civil, art. 144.*)

El legislador sólo se ocupó de la capacidad física, y habló, no como soberano, sino como naturalista. Y como si temiese haber fijado una edad demasiado avanzada, añade en el artículo 145:

«El rey puede conceder dispensas.»

Felizmente, la razón pública y la fuerza de las cosas corrigen, en este punto, la aberracion de la ley. Los hombres se casan cuando están formados, cuando ganan con que vivir; y á nadie se le ocurre la idea de que un aplazamiento, necesario para completar la educacion, y que debe consagrarse á una investigacion llena de encantos, sea una privacion.

Pues bien: si relativamente á la época del matrimonio, el sentido comun no creyó que la latitud dada por la naturaleza fuese una órden, ¿se puede decir que esta misma latitud tomada en sentido opuesto, sea una ley, y que el hombre, una vez casado, tenga obligacion de ejercer su facultad prolífica hasta extinguir su calor vital?

El aumento posible de la poblacion, dice muy bien el doctor Loudon, no es lo mismo que su



aumento natural; de la misma manera, la duración de la potencia generadora no es necesariamente la medida de su acción. Entre los animales, los sexos se huyen durante la gestación y la lactancia: el hombre tiene una ley que le es propia y que está más en armonía con su dignidad, y es la adolescencia de sus hijos. He dicho que el respeto que éstos inspiran á los padres, les impone el deber de abstenerse: pues bien; consideraciones más graves todavía vienen á confirmar esta ley.

El hombre puede hacerse útil ántes de llegar á la pubertad: la educación, hablando con exactitud, no es más que un cambio de las lecciones del maestro por los servicios del aprendiz; servicios que, siendo cada vez mayores, recompensan los cuidados del maestro é indemnizan á los padres de los gastos hechos. Así lo exige la razón popular que, en el contrato de aprendizaje, nos revela los verdaderos principios de la enseñanza. Mientras que el niño no produce nada, que toda su subsistencia está á cargo de su padre, no tiene ningún derecho, y no puede quejarse si se le suscitan copartícipes; pero desde que es capaz de trabajar, el hecho de darle hermanos, á cuyo sostenimiento contribuye, es exigirle más de lo que recibió, es hacerle padre de personas que no engendró, es expulsarle de la familia. Hay, pues, un límite natural, indicado por la justicia, á la procreación de los hijos: este motivo, deducido de la teoría del aprendizaje, es soberano.

Por parte de los esposos, la castidad llega á ser un deber imperioso de modestia y de honradez. Aquí es donde debe distinguirse, ante todo, la legitimidad de convención y la legitimidad de razón. Cuando al llegar á los cuarenta años, el hombre empieza á perder la poesía y la viveza del sentimiento, la delicadeza, la gracia y la pureza de formas que dis-

tinguieron su juventud, el cambio que sufre todo su ser le manda renunciar al amor. La belleza, que todo se lo presentaba casto, se borra; la voluptuosidad se degrada y convierte en torpeza: ¿por qué el amor de los viejos es ridículo y repugnante? porque está privado de las condiciones que lo hacen estéticamente legítimo: realizado en sentidos gastados, ya no es el amor, sino su carga. Que Homero nos presente á París y Elena durmiendo juntos en su lecho suspendido, y serán hermosos á pesar de su adulterio: culpables de injusticia, la juventud, la gracia y el talento parece que los cubren todavía con un velo de decencia: pero Saturno y Reha, Deucalion y Pirra, David y Abisag me sublevan: el título de esposos no importa nada, y son obscenos....

El hombre pierde sus derechos de marido desde que el amor se convierte en él en una contradicción. Que su mujer sea sagrada para él; que se miren como espíritus puros, pues en verdad no tienen cuerpo. Si el hombre persiste en gozar las voluptuosidades que la degradación de sus sentidos le prohíbe, pasará el resto de sus días abrasándose en una llama impúdica; sus amores póstumos le harán odioso á los ojos de su mujer, avergonzarán á sus hijos, y sublevarán contra él el desprecio de todo el mundo. Su vejez licenciosa será deshonorada; su mujer se hará altiva por sus exigencias vergonzosas; lo tratará como á un esclavo, y su razón se extinguirá en la ignominia.

Justicia, pudor, dignidad, todo convierte la abstinencia en una ley para el padre de familia. Pues bien: lo que la razón ha previsto, el trabajo lo realiza sin esperar el aniquilamiento de la naturaleza. El hombre en quien el trabajo desarrolló la virtud; el hombre en quien el amor, emancipado de la tiranía de las pasiones, se identifica con lo bello, renun-